

En la oficina

Pedro Miccio



Capítulo 1

Andrés suspiró. Era sábado y odiaba tener que ir a la oficina los fines de semana.

¿Por qué ahora? Era el cumpleaños de su hija. Hubo una fiesta esa tarde, una donde él sería el maestro de ceremonias de Sara. Él tenía que estar allí.

Pero la llamada había sido insistente: se había enviado trabajo extra desde la oficina central.

Su segundo al mando, cayendo enfermo de una gripe, se había ausentado y le había dicho a Andrés que tendría que tomarse unos días, y ¿quién estaría a cargo?

Ah, las alegrías de ser el jefe. Fue lindo tener un equipo que tuvo que escucharte, hacer lo que dijiste, pero a veces tenía un precio.

Si él no intervino y se aseguró de que la orden se tratara con prontitud, sería la cabeza lo que el cuartel general querría.

Siempre ellos fueron rápidos y eficientes, y esperaban que en las sucursales sucediera lo mismo.

Arrancó su auto y salió a la carretera. La autopista funcionaba sin problemas a esta hora del día, el tráfico siempre era ligero en un fin de semana.

Iba a ser un día precioso para una fiesta de cumpleaños. El sol estaba afuera, las primeras horas de la tarde estaban templadas pero no demasiado calientes.

Ya estaba llegando a la hora del almuerzo, y los invitados de Sara, principalmente sus amigas de la escuela y su club de peques, llegarían pronto. Qué desperdicio, estar atrapado dentro de la oficina.

Andrés pisó el freno cuando un automóvil cortó bruscamente delante, dejó que sonara el chirrido largo y fuerte.

No hizo que el otro conductor mirara a su alrededor, pero al menos le dio la oportunidad de expresar su frustración. U n fuck you con el índice.

Suspiró y se giró en la rampa lateral que conducía a su oficina.

Andrés condujo y gradualmente apareció a la vista: un edificio feo con paredes gruesas, pocas ventanas y sin características distintivas

particulares, sentado en medio de un gran lote vacío, solo parte de un polígono industrial más.

Había visto muchos de estos en el transcurso de su carrera.

Pensó una vez más en su hija. Sara era una niña encantadora, a punto de cumplir doce años.

Un poco demasiado habladora a veces, por lo general educada y usando siempre la voz baja, pero que apenas estaba empezando a crecer, para darse cuenta de cómo era el mundo en realidad y, de vez en cuando, para preguntar qué sucedía a su alrededor y preguntar por qué era así.

Ella lo idolatraba, y él a ella. Ella estaría decepcionada si su padre no estuviera allí para un día tan especial.

Aún así, el trabajo era trabajo. Un trabajo en el gobierno era bueno en estos tiempos: estable, seguro, bien remunerado y, en general, horas regulares.

Sin él, nunca había podido permitirse darle a su esposa sus largos almuerzos, ni a su hija sus lecciones de piano e inglés y la costosa educación de la escuela privada.

Y además, notó irónicamente, había tenido la oportunidad de conocer a mucha gente de diferentes ámbitos de la vida, hablar con ellos y escuchar sus historias.

Andrés entró a la oficina. Como era de esperar, el edificio estaba en gran parte tranquilo, lo que siempre facilitaba su trabajo.

Habló brevemente con su ayudante y le dio unas pastillas para su garganta; firmaron conjuntamente la documentación necesaria, y luego Andrés le dijo que se fuera a casa y que descansara.

Entró en el área de recepción y se presentó al paquete de entrega recién llegado.

Fue un vicario, su esposa y su hija. El buen pastor había sido demasiado abierto en sus últimos sermones, y uno de los feligreses se había encargado de llamar y avisar a la policía.

Así que aquí estaban ahora, frente a Andrés, la confusión y los primeros elementos de un poco de pánico que se arrastraban en sus rostros.

Trató de calmarlos. "Si cooperas con nosotros, sigues las instrucciones, respondes todas nuestras preguntas, entonces estoy seguro de que

podemos terminar esto para ti lo suficientemente pronto".

El reverendo tenía unos cuarenta y tantos años, serio pero confundido. También su esposa. Ambos negaron firmemente cualquier problema, que en sí mismo era un problema: probablemente llevaría tiempo obtener una admisión y una retractación pública.

Andrés suspiró de nuevo. "Creo que primero tendré que hablar con tu hija".

Llamó a dos de los empleados jóvenes, jóvenes reclutas entusiastas que acababan de comenzar. "Si pudieras ser tan amable de acompañar a nuestros huéspedes a su nuevo alojamiento".

La esposa en una celda, el pastor en otra muy lejos. A lo largo de los años, descubrió que un tono calmado y tranquilo a menudo era más efectivo que cualquier amenaza o fanfarronería.

Los vio alejarse por el pasillo, luego se volvió hacia la chica. "¿Cuál es tu nombre?"

"Rebeca, señor", dijo en voz baja, mirando al suelo, un poco tímida y ciertamente asustada.

"¿Y cuántos años tienes?"

"Acabo de cumplir once años, señor". Ella levantó la vista con esperanza. "Fue mi cumpleaños esta semana".

Él le sonrió cálidamente. "Debe haber sido bueno para ti". Ella asintió con la cabeza, con cautela.

Once. Empezando a crecer, para darse cuenta de cómo era el mundo en realidad y, de vez en cuando, para preguntar qué sucedía a su alrededor y preguntar por qué era así.

Tendría que asegurarse de que aprendiera a no hacer demasiadas preguntas.

Andrea sintió una oleada de lástima por ella mientras recogía los electrodos y le ordenaba esposarse.

"Bueno, haré esto rápido para ti, entonces".

Miró benignamente mientras su personal la llevaba a una celda cercana, y esperaba que no intentara sobrevivir al dolor que estaba llegando.

Ciertamente no se parecía al tipo 'resistente'.

El sábado por la tarde temprano, y él estaba de vuelta en la oficina, una vez más en el trabajo.

Al menos estaba recibiendo un poco de tiempo extra, y tal vez, solo tal vez, pensó, aún podría regresar a tiempo para la fiesta.